

# Cómo empecé a escribir<sup>1</sup>

Jorge Posada  
ediciones incubadora

Para empezar, quiero decir algo: voy a leer en vez de hablar o improvisar. Así, no me confundo.

Le doy muchas gracias a Ladislao Aguado y a la Editorial Hypermedia por haber publicado mi libro. Sin el apoyo que desde un principio me dio Lalo —ya no más Ladislao—, sin su paciencia, su entusiasmo y su afecto, no hubiera podido hacerlo. A Carlos y a Susana de la librería Altamira por darme la oportunidad de presentarlo hoy. A mi gran amigo Rafael Saumell por haberme empujado tanto durante muchos años para que lo terminara y ahora por haber venido desde Texas, y estar aquí esta noche y encargarse de la presentación. Y le agradezco a todos ustedes —mi familia, mis amigos de toda la vida, otros amigos de cariños más recientes, antiguos compañeros de trabajo, conocidos— por acompañarme hoy. Como dijo el gran comediante Jack Benny: No me merezco tanto afecto, pero tampoco me merezco la espantosa artritis que tengo.

Como se sabe, hay pocas cosas más aburridas que presentar un libro. Por eso, voy a seguir tres sabios consejos de un amigo cuyo nombre no voy a decir —pero está aquí y me está mirando— sobre la forma en que un autor debe presentar un libro, sobre el tiempo que debe demorarse para presentarlo, y sobre algunas palabras que no debe utilizar nunca en una presentación. Así, trataré de presentarlo lo más sencillamente posible, trataré de demorarme menos de once minutos y no voy a sacar a pasear palabras de a dólar como *deconstructivismo*, *epifánico*, *cosmogónico*, *intertextualidad* y *transculturación*.

Era agosto de 1965 y yo acababa de salir de una granja de rehabilitación donde había estado tres meses preso, castigado por fugarme de la Fuerza Aérea y pasar casi un año como desertor, *ausente al mando*, como se decía en la jerga militar. En el juicio, me condenaron a separación definitiva de las gloriosas fuerzas armadas revolucionarias que

---

<sup>1</sup> Texto leído por el autor en la librería Altamira, de Miami, el día 17 de noviembre de este año, como presentación a su libro *Culos habaneros*, recién publicado por la editorial Hypermedia.

era, a la larga, lo que yo quería. En alguna caja en la casa tengo ese documento histórico que no recuerdo cómo logré sacar de Cuba. A diferencia de lo que fingí en el juicio, el veredicto me dio una gran felicidad: dejaba de ser cadete de aviación en San Julián, Pinar del Río, y volvía a ser un pepillo en La Habana, que en esos tiempos —como decía el delirante farandulero Armando López— todavía era mucha Habana.

Hasta ese momento, con 17 años cumplidos, lo único que yo había leído en mi vida eran muchos periódicos —*El Mundo, Información, Prensa Libre*—; muchos muñequitos de los Halcones Negros, el Pato Donald y Frentes de Guerra, y muchas revistas como *Bohemia, Carteles, Vanidades* y la inolvidable *Show*, que era la revista más perversa de Cuba; una revista atrevidísima que traía toda la cartelera de los cabarets, clubs, tabernas, *boîtes* y lugares de burlesco de La Habana; llena de noticias, chismes, desenfrenos, escándalos de la farándula y muchas fotos de mujeres con muy poca ropa. Es decir, no tenía ni de lejos el hábito de leer libros; en mi casa no se leían libros; en mi casa no había libros. Nada de *El Tesoro de la Juventud*, nada de Alejandro Dumas, Emilio Salgari ni Julio Verne. Ni siquiera las novelitas del oeste de Zane Grey.

Un anochecer, regresaba a mi casa en una 74 que por el camino se había ido llenando y repletando hasta hacerse irrespirable. La guagua se detuvo para que alguien bajara y en la parada vi desesperado por subir a un amigo del barrio al que no veía desde hacía más de dos años. No pudo subir por lo atestada que estaba la guagua, pero nos saludamos por la ventanilla y me dijo que lo llamara. En aquel tiempo, yo tenía la misma buena memoria que tengo ahora y le pregunté: «¿Sigue siendo el mismo número?». Y él me dijo que sí lo recordaba. Cuando la guagua volvió a arrancar, apenas tuve tiempo de gritarle: «Claro que me acuerdo: 99-3128». Al día siguiente lo llamé, hablamos como dos horas y al otro día nos vimos.

Mi amigo ya no era el muchacho de 15 años que pertenecía al grupo que íbamos a los juegos de basket y voleibol de las secundarias Sarmiento, Varela y Edison; que me llevó tempranamente a los irresistibles prostíbulos de Pajarito y Colón; con el que fui a las manifestaciones para condenar las agresiones del imperialismo yanqui en África, Asia y América Latina, al cine Tosca a ver *Papá soy yo*, de Jerry Lewis y, al acabarse la película, a bailar twist en los pasillos del cine con Danny Puga cantando en vivo su éxito *Muñequita*.

Mi amigo ya era un hombre. A 18 años trabajaba como soldador —luego se haría carrocero—, era altivo y jodedor y un cínico sin regreso. Había madurado mucho y hablaba horrores del gobierno (ya no decía *la revolución*), de Patilla (ya no le decía *Fidel*) y del comunismo; críticas amarguísimas que yo empezaba a compartir. Seguía oyendo a la Orquesta Aragón, a Paul Anka y a Billy Cafaro, pero le gustaban películas extrañas como *Cenizas y diamantes*, *Accattone* y *Viridiana* y le había dado por leer mucho.

A los pocos días me dijo que leyera *La gran estafa*, de Eudocio Ravines, y después me prestó novelas de Tarzán, de Sherlock Holmes y de Hercules Poirot, y más tarde me prestó *El lobo estepario*, de Herman Hesse en aquellas ediciones de Aguilar en papel cebolla y encuadernadas en piel verde botella. A la semana me dio *El filo de la navaja*, de Somerset Maugham y luego *Mientras agonizo*, de William Faulkner, que se lo devolví sin terminarlo porque me resultó insoportable. Años después, el viejo Faulkner se vengaría de mí y me haría adorarle. Me di cuenta de que me gustaba leer libros, y entonces no hubo quien me parara.

Leí aquellos libros políticos que se publicaban en avalancha como *La carrerera de Volokolansk*, *Los hombres de Pánfilov* y *Así se templó el acero*. Luego vendrían *Mario y el mago*, de Thomas Mann, *Un amor de Swann*, de Marcel Proust, y *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway. Buscaba títulos y autores por todas partes: Kafka, Dashiell Hammett, Oscar Wilde, Dos Passos, Maupassant, Raymond Chandler, Chéjov y Scott Fitzgerald y Flaubert y Chesterton y Gogol y H. G. Wells. Como antes había pasado con el cine y la música, la literatura se había convertido en una pasión. Pero tenía un prejuicio: solo leía escritores ingleses, americanos, franceses, alemanes y rusos; ninguno que escribiera en español.

Me hice socio de la Sección Circulante de la Biblioteca Nacional, donde se podían sacar los libros por un mes, compraba los libros que se publicaban en Cuba (todavía no me había entrado la frenética compulsión por robarlos de librerías y bibliotecas) y, aparte de los libros que yo conseguía por mi cuenta, mi amigo seguía prestándome. Un día, mi amigo —que se llamaba Ernesto Castro, y que está aquí esta noche—, que como yo solo leía traducciones de escritores europeos y americanos, me dijo: «¡Tienes que leer esto!», y me dio un libro de una editorial de Barcelona que entonces no conocía —Seix

Barral— cuya portada era una inquietante fotografía de una feroz pelea de perros. «Es algo extraordinario», agregó con su habitual énfasis. El autor era un peruano, Mario Vargas Llosa, y la novela era *La ciudad y los perros*, que me cautivó desde la primera frase magistral con que empezaba: *Cuatro, dijo el Jaguar*.

Gracias a Vargas Llosa, descubrí el *boom* latinoamericano; títulos de escritores que escribían en español: *Rayuela*, *Cien años de soledad*, *Los pasos perdidos*, *La muerte de Artemio Cruz*, *El astillero*, *Sobre héroes y tumbas* pero, sobre todo, *Tres tristes tigres*, el fascinante y rompedor libro de Guillermo Cabrera Infante, y entonces algo irreparable le ocurrió a mi vida. El libro no pasaba en París, Roma o Nueva York, sino en La Habana; no se hablaba del Boulevard San Michel, la Via Veneto o Times Square, sino de la Esquina de Tejas, de la Rampa y del club Las Vegas; no tenía que ver con la Belle Epoque, la Primera Guerra Mundial ni la Gran Depresión, sino con Beny Moré, Olga Guillot y Rolando Laserie. Yo, que era un habanero reyoyo y que ya me conocía toda la ciudad, me quedé pasmado con todos los lugares que Cabrera Infante mencionaba, con el lenguaje que utilizaba, con tanto cine y música y literatura en un solo libro. «Coño, me gustaría poder escribir así», pensé. Y empecé a escribir. Leer me llevó a escribir.

Escribí este libro con una enorme lentitud. Algunos de los que están hoy aquí lo saben; a tal punto que a mi amigo Roberto Madrigal le gustaba decirme que me demoraba tanto en terminarlo que era una versión del pobre de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, el escritor italiano que escribió un solo libro, *El gatopardo*, a los 60 años. Otro amigo, Javier Sáez, se burlaba y me decía que el libro se debía llamar *Guía telefónica de Hong Kong* porque era tan largo que más bien parecía las páginas amarillas de una ciudad asiática. Durante muchos años lo postergué, lo corregí, lo reescribí, lo cambié y lo abandoné mil veces. Ahora, al cabo de mucho tiempo, lo publico por fin, a 12 días de cumplir 70 años, una edad en que muchos escritores reciben el premio Nobel, se retiran o se suicidan.

Muchas gracias a todos por haber venido y gracias también por escucharme.